



Una ENCICLOPEDIA MÍNIMA

JULIO CÉSAR
LONDOÑO

Escribo, por encargo de una editorial japonesa, un grupo de miniperfiles de personajes históricos. En esta sesión trabaja un equipo de ocho escritores. La instrucción del editor en jefe fue parca: “Necesito perfiles de 200 palabras, máximo, que tengan la concisión de las biografías enciclopédicas, pero también alguna audacia especulativa, a la manera de Marcel Schwob, digamos”.

Otro equipo se encarga de las religiones y las teorías, el tercer equipo se ocupa de los fenómenos naturales y el cuarto de la geografía.

El proyecto busca que una persona pueda informarse sobre lo esencial de la historia de los últimos dos siglos en un volumen de 200 páginas de prosa legible.

K

Franz Kafka

Es uno de los pocos autores que es, a la vez, personaje literario y el único dueño de una letra del abecedario. Ninguna obra ha merecido tantas interpretaciones como la suya. Se la ha considerado cómica, trágica, una compleja plegaria, una blasfemia en clave, una caricatura ácida de la educación, de la burocracia, de la familia, del derecho, de la lógica, un espejo de edades oscuras, una profecía del inminente fascismo...

Era vegetariano, flaco y orejón. Su dieta incluía coles verdes, huevos al plato, pan integral, sémola con zumo de frambuesa, vino de grosella y los alimentos suaves de los sanatorios.

Era manso, el más manso de los hombres. Y puntual. Vestía sobrios trajes grises o azul marino. Su relación con las mujeres fue misteriosa, romántica y pueril.

Tenía complejos inéditos que le conferían un aire vagamente entomológico. Un día, desesperado, se arrancó una pata para que no lo siguieran



considerando un insecto, pero el ardid no funcionó. Lo hace para sobresaltar, dijeron.

Desde entonces se arrastra penosamente hacia la inmortalidad. Cada día, dice la leyenda, avanza la mitad de la distancia que lo separa de la puerta del castillo de la gloria. Siempre la mitad, ni un milímetro más.

G

Gabriel García Márquez

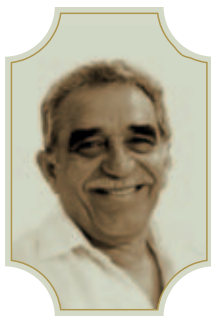
Entre 1963 y 1966, volvió a contar la historia del mundo desde una aldea mítica, equidistante del Génesis y de la modernidad. Los ejes de su relato fueron el poder, la amistad, el amor, el sexo y la irrealdad de todas las cosas, o la realidad de todas las fantasmagorías, si preferís.

Sus herramientas creativas fueron una sensibilidad exacerbada, muy femenina, una prosa potente y clarísima, como la que soñaba Capote, “fuerte y flexible como la red de un pescador”, una intuición sobrenatural de los últimos recovecos del alma humana y un abuso de la hipérbole eficaz y desvergonzado a la vez.

A pesar del masivo cubrimiento de su muerte por los periodistas del mundo entero, no hubo una sola buena crónica, quizá porque los periodistas no tuvieron material. Nada supimos sobre sus últimos días y el funeral fue estrictamente privado. O porque sabíamos tanto sobre él que resultaba muy difícil conseguir primicias.

García Márquez puso la literatura latinoamericana en el mapa, nos enseñó que la vida no está en otra parte ni en otro siglo, que también la casa es un espacio poético, que hay épica y poesía incluso en la familia y que el cilantro no es inferior a la rosa.

Dicen que antes de morir rogó “Llamen a Mario”, pero su esposa se opuso.



Kurt Gödel

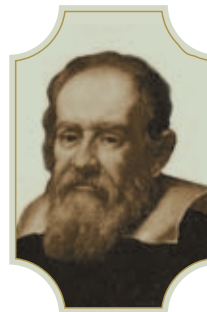
Lógico austriaco. Un teorema suyo prueba que los teoremas no son confiables. Era un hombre enfermizo. Usaba taponos de algodón en los oídos. Estudió lingüística antes de interesarse por las matemáticas.

Los viernes por las tardes veía películas de pistoleros con Albert Einstein en Princeton. En 1978 tuvo la convicción de que iba ser envenenado, no volvió a comer y murió de inanición.



Galileo Galilei

Agrimensor de la topografía del Infierno de Dante, acucioso observador del cielo, descubridor de las leyes del péndulo y del movimiento de caída libre, Galileo Galilei introdujo el número y el experimento en la ciencia clásica y fundó la ciencia moderna.



Un domingo en la misa, tenía 19 años, notó que el tiempo de las oscilaciones del hornillo del sahumero, medido con los latidos de su corazón, era siempre el mismo, e inventó un cronómetro

más preciso que el gnomon, la clepsidra y el corazón, el reloj de péndulo.

A los 26 años ocupó la cátedra de matemáticas de la Universidad de Pisa. De inmediato se puso a arrojar cosas desde la torre de la ciudad: esferas de plomo, hierro y madera, también piedras, sapos y escupas, y descubrió que todos los cuerpos demoraban el mismo tiempo en caer.

Las llamas de la Inquisición alcanzaron a chamuscarle el hábito y fue condenado a no pisar nunca más su amada Florencia. No inventó el telescopio, como dicen algunos, pero sí fue el

primero en apuntarlo al cielo y no a las terrazas donde se bañaban las señoritas, según la deplorable costumbre de la época.

Murió el 8 de enero de 1642, en medio de una nube de sahumeros y plegarias. Un reloj de péndulo marcó la hora final: seis de la tarde. En la base, el sabio había hecho inscribir: *Omnes vulnerant, postrera necat*. Todas hieren, la última mata.

B

Jorge Luis Borges



Su cerebro fue una suma literata vertiginosa. Podía resumir en una línea el don principal de un autor, exhumar el pasado secreto que comunica a Melville con Kafka, un poema de Coleridge con el palacio de Kublai Khan, o el hilo que teje imperios y dinastías para que una seda china llegue a manos de Virgilio y le inspire un hexámetro.

Las yemas de sus dedos se humedecían de manera espontánea cuando abría un libro. Escribió reseñas literarias brevísimas y definitivas en revistas para señoras. Fue, como todos los hombres, desdichado en el amor. En 1955 quedó ciego, fue nombrado director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y escribió: “Nadie rebaje a lágrima o reproche / esta declaración de la maestría / de Dios que con magnífica ironía / me dio a la vez los libros y la noche”.

Supo que las etiquetas de los géneros eran meras comodidades académicas y los mezcló de una manera anómala y feliz. Descubrió que un gran poema puede ser corregido con facilidad. Creía que las lenguas eran una tradición y que, en consecuencia, las literaturas eran trabajos colectivos.

El 12 de mayo de 1986, cuenta Adolfo Bioy, María Kodama llamó a Buenos Aires desde Ginebra:

Cuando íbamos a desayunar sonó el teléfono. Silvia atendió. Adiviné que hablaba con María Kodama. Le preguntó cuándo volvían pero María no contestó. Pasame a Adolfo, pidió. Pasé y hablamos sobre derechos de

autor para no hablar de lo otro. Me dijo que Borges no estaba bien, que oía mal. “Hablale en voz alta”. Apareció la voz de Borges y le pregunté cómo estaba. “Regular nomás”, respondió. Quiero verte, le dije. “No voy a volver nunca más”, contestó con una voz extraña y la conversación se cortó. Estaba llorando, dijo Silvia. Creo que sí. Creo que llamó para despedirse.

N

Isaac Newton

Nació cuando murió Galileo. Destejió el arco iris. Descubrió que la recta de la manzana y las elipses de los planetas estaban trazadas por la misma potencia interestelar. Con el cálculo, hizo dinámica la matemática, una materia estática por siglos. Alquimista invertido, convirtió en escoria muchas onzas de oro. Inventó las monedas de bordes acanallados para combatir el limado y la falsificación. Sus colegas de Cambridge daban rodeos para no pisar los cálculos que trazaba sobre la grava del patio con la punta del bastón. Fue el último brujo y el primer científico. Nunca se casó. Ejerció la envidia, la usura y la mezquindad. Lo enterraron con un boato regio, y con un prisma de diamante sobre el pecho, en la nave derecha de la Abadía de Westminster en 1727.



L

La Loca

Mi abuelo la vio una vez en un puerto del Perú, donde ella se ganaba la vida vendiendo dulces en la calle. Era apenas una sombra, un temblor, casi nada. Los marineros escuchaban con sonrisa indulgente sus historias de tiempos gloriosos, cuando era muy hermosa y en sus brazos desfallecía de amor el Libertador de América. “Manuelita la de los dulces”, la llamaban.



A San Agustín



Consagró su juventud a las tabernas y al maniqueísmo, una herejía que atribuía origen divino al bien y al mal. Luego alternó la cátedra de elocuencia, los ejercicios de piedad y los abismos de la lujuria. “Dame la castidad, Señor, pero no ahora”, pedía en sus cautelosas oraciones.

Cuando le preguntaron qué hacía Dios antes de hacer el mundo, contestó: “La Nada; antes de la Creación Dios hizo la Nada”.

Quizá notó que el uso del adverbio *antes* era contradictorio porque implicaba la existencia previa del tiempo, y se corrigió con pasmosa agudeza: “El universo no fue creado en el tiempo sino *con* el tiempo”. Esta afirmación coincide punto por punto con las conclusiones de los astrofísicos contemporáneos.

Escribió libros éticos y teológicos. Los expertos en patristica consideran que su trabajo exegético sobre *La Sagrada Escritura* está muy lejos de igualar al de san Jerónimo, y que en cuanto a filosofía cristiana es más riguroso santo Tomás. Así será, pero la obra de san Agustín es de lectura más grata, y muchos de sus preceptos morales tienen validez universal y no solamente cristiana.

T

Santo Tomás

A los once años ya era estudiante de la Universidad de Nápoles y tenía un “pentálogo” secreto y herético:

1. Es mejor entender que creer.
2. La existencia de Dios no es un hecho evidente.
3. La razón no es enemiga de la fe.
4. Al conocimiento se llega por la abstracción.
5. El hombre de conocimiento depende de los sentidos y no debe esperar ninguna iluminación divina.

Con estos “mandamientos” y con la *Metafísica* de Aristóteles, materia que le enseñó



en Colonia su maestro san Alberto Magno, santo Tomás intentó sustentar racionalmente la fe, una especie de cuadratura del círculo.

Su tez era del color del trigo nuevo, tenía la cabeza calva y bien formada y el abdomen enorme; tanto, que a su escritorio tuvieron que sacarle un bocado para que el santo pudiera alcanzar el tintero y escribir, en un lenguaje conciso y expresivo a la vez, las sesenta obras que escribió en su corta vida: murió antes de cumplir los cincuenta.

Debe su gloria a la *Suma teológica*. Las preguntas que allí se formulan son variadas y sorprendentes. ¿La eternidad es algo diferente del tiempo? ¿La luz es un cuerpo o una cualidad de los cuerpos? ¿La verdad está en las cosas mismas o en la inteligencia? ¿Las imágenes entran o salen del ojo? ¿Es predecible el futuro? ¿Anula la voluntad divina el libre albedrío? ¿Qué es el destino? ¿Es pecado prestar dinero a interés? ¿Influyen los astros en los actos humanos? ¿Hay guerras justas?

Para Marx, santo Tomás es un símbolo de la cara más retrógrada de la Iglesia. Para Lutero, “un bufón que ha descarriado la Iglesia”. Para G. K. Chesterton, el cerebro más lúcido de la cristiandad, “es un santo que comparte con san Francisco de Asís la gloria de haber cristianizado el cristianismo: san Francisco lo logró por la fuerza del amor; santo Tomás, por los caminos de la razón”. ■

Julio César Londoño (Colombia)

Ensayista y narrador colombiano. Columnista de *El País* y *El Espectador*. Finalista del premio Planeta de Novela, Madrid-Bogotá. Premio Simón Bolívar, crítica literaria, Bogotá. Premio Plural de ensayo, México. Premio Juan Rulfo de cuento, París. “Aunque he fracasado con esmero en varios géneros y quehaceres, agradezco la circunstancia fortuita de ser esa cosa exótica, pedante y casi feliz, un hombre de letras”.

